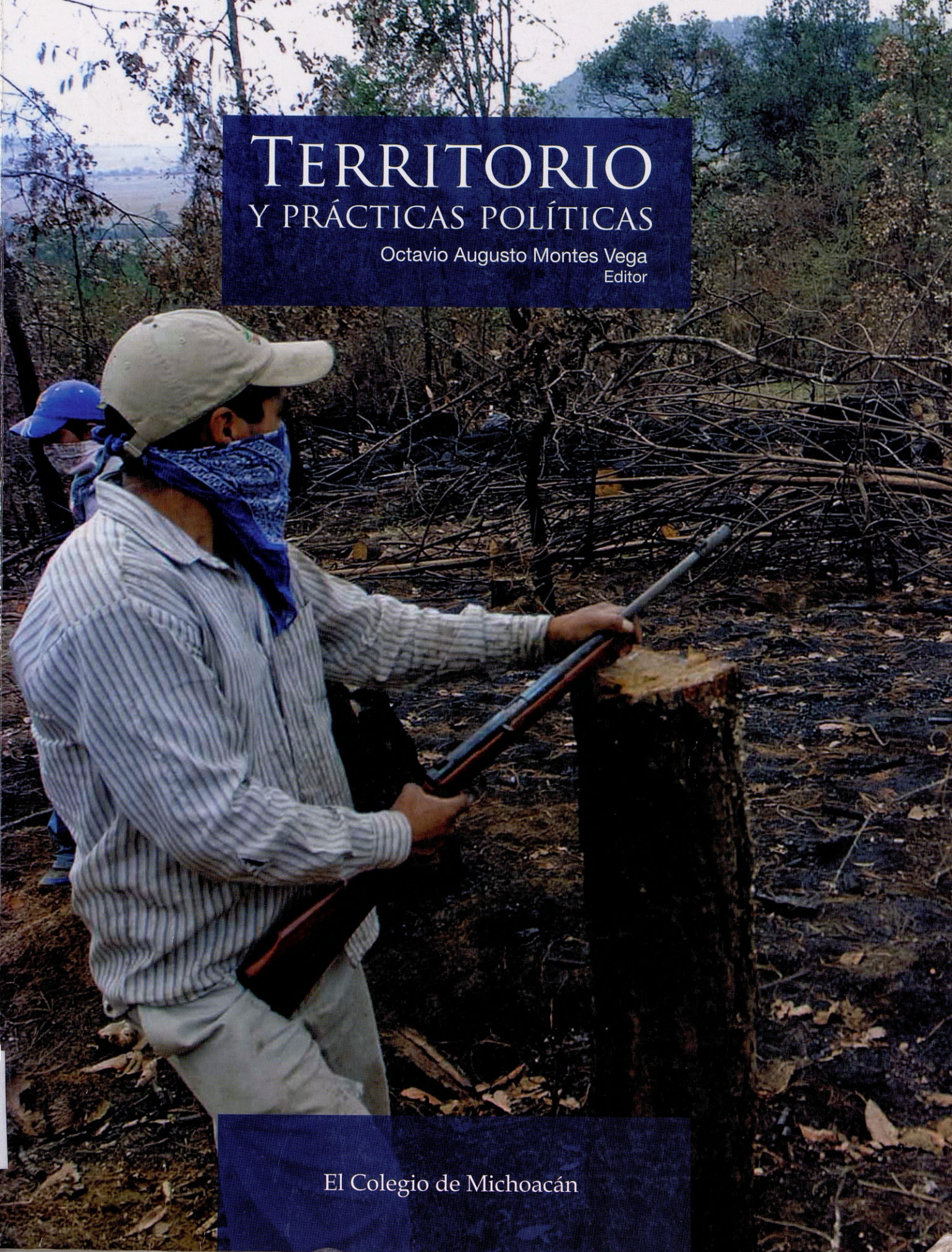

TERRITORIO
Y PRÁCTICAS POLÍTICAS

Octavio Augusto Montes Vega
Editor

El Colegio de Michoacán

TERRITORIO Y PRÁCTICAS POLÍTICAS

Octavio Augusto Montes Vega
Editor

El Colegio de Michoacán

ÍNDICE

Presentación
Territorio y prácticas políticas
Octavio A. Montes Vega 9

Introducción
Espacio, territorio y territorialidades. Una perspectiva social y un enfoque crítico
Octavio A. Montes Vega 15

La disputa por un terreno exclusivo en Zapopan, Jalisco
Dante Guillermo Celis Galindo 37

Territorio y etnicidad. El caso de la comunidad mixteca asentada en la colonia Héctor Caballero Escamilla, Juárez, Nuevo León
Diana P. García Tello 67

La disputa por el espacio y el territorio en la Huasteca hidalguense. Interfases de interacción social y neoliberalismo
Jorge Dolores Bautista 89

La producción territorial del cooperativismo en Tacámbaro, 1920-2012
Angel Lueza Ruíz 113

Procesos históricos de configuración y transformación de la Amazonia norte de Ecuador. Movimientos sociales, trasnacionales petroleras y Estado
Verónica Rodríguez Gualotuña 149

Moravia. Territorio, gobernanza y actores sociales en el proceso socio-espacial de un barrio de Medellín, Colombia
Fernando Escobar Neira 175

Territorios imaginados. Territorios de poder
José Eduardo Zárate Hernández 205

Pago por servicios ambientales, instrumento para la gestión territorial y conservación ambiental
Ángeles Alberto-Villavicencio 225

Índice onomástico 249

Índice toponímico 255

INTRODUCCIÓN
Espacio, territorio y territorialidades. Una perspectiva social y un enfoque crítico

Octavio A. Montes Vega[1]

Paradójicamente, las ciencias del hombre
mientras más jóvenes son, más tentadas están
a establecer su genealogía.
(Raffestin 2012: 13)

En este capítulo se analizan los principales conceptos conformadores de lo que aquí se entiende como territorio y prácticas políticas. En esos dos perfiles, el concepto de territorio tendrá como preámbulo el de espacio, y como consecuencia procesual el de territorialidad. Las prácticas políticas, por su parte, estarán en la circunscripción de lo que la mayoría de los científicos sociales ha definido como poder, soberanía y cultura política. Ambos ejes conceptuales serán observados a partir de las diferentes aplicaciones que les han dado las ciencias sociales desde su conformación.

Las continuas movilidad e intersección de paradigmas, programas de investigación científica[2] y metodologías ejercidas sobre las definiciones de espacio, tiempo y poder, pensando específicamente en los conceptos de territorio y territorialidad, han significado un ininterrumpido reajuste entre las ciencias naturales y las ciencias sociales, en especial si se toma en cuenta que dos de las disciplinas sociales sobre las que gira principalmente esta obra (antropología y geografía) son producto de este continuo debate entre lo natural y lo social que maduró en el siglo XIX, pareció difuminarse en el siglo XX y que todavía en la actualidad genera polémica, aunque con matices directamente ligados a las posiciones teórica y política de las distintas comunidades científicas que entran a discusión.

1. Centro de Estudios en Geografía Humana de El Colegio de Michoacán.
2. Haciendo alusión a los trabajos de epistemología de las ciencias propuestos por Thomas Kuhn (1971) e Imre Lakatos (1984), en este trabajo se pretende mostrar el espacio como un elemento de análisis esencial para cualquier ciencia, pero desde un enfoque de la ciencia social en general. Con puntos de partida e hipótesis que conforman un núcleo duro (Lakatos 1984) diseñado por filósofos y científicos que orientaron sus estudios, hasta científicos sociales especialistas en el análisis espacio-temporal.

Para algunos estudiosos, la escisión de las disciplinas en las ciencias sociales fue funesta, ya que no sólo desembocó en el estudio intensivo y especializado de aspectos particulares de la ciencia humana, sino que convirtió las razones ideológicas de esta separación en una justificación de las especializaciones intelectuales (Wolf 1987: 20), que generó la poca discusión y la casi nula complementariedad entre científicos, así como la parcelación de algunos conceptos filosóficos. Por ejemplo, el espacio fue tomado por la geografía y la cultura por la antropología.

Tanto la conformación del pensamiento geográfico, como el antropológico tienen como punto de partida la Ilustración, así como la separación entre el pensamiento precientífico y la ciencia formal. En este primer periodo, la ciencia comienza a generar conceptos, leyes e hipótesis que tienen como principal característica la progresión y la comprobación física de los hechos. Esto hace que tanto el espacio como la cultura se vuelvan conceptos susceptibles a la comprobación científica mediante leyes provenientes de la física y el estudio de los seres vivos. Como resultado, el territorio y la organización sociopolítica que lo legitima, contienen elementos heurísticos propios del evolucionismo y la fisiología.

De esta manera, tanto el territorio, visto como espacio vital en disputa,[3] como la territorialidad, vista como el estudio de grupos de seres vivos que buscan ejercer dominio como condición central de supervivencia en un espacio determinado, son retomados de las ciencias naturales por distintos filósofos y estudiosos del comportamiento humano y el espacio, para finalmente, en tiempos del llamado positivismo científico, ser acogidos por la antropología social, la geografía política y geopolítica. Aquí se retoma a algunos autores que forman parte de estos lineamientos teóricos con la finalidad de ofrecer una gama de herramientas que han utilizado los de los trabajos y estudios de caso que componen este libro. Con esto se dará a conocer una forma peculiar de vincular los factores tiempo, espacio y cultura con las disciplinas sociales en donde se aplican conjuntamente, lo que generará un diálogo fructífero entre disciplinas sociales que borre las escisiones poco afortunadas mencionadas por Eric Wolf.

Desde el surgimiento de las ciencias sociales y su primera fragmentación disciplinaria, la geografía fue concebida como la ciencia del espacio, y "la antropología empezó como la ciencia de la historia" (Harris 1999: 1). Los estudiosos de estas dos vertientes, al igual que del resto de disciplinas, procuraron pensar en fenómenos espaciales y temporales en los que el ser humano funcionaba como el principal actor. Estos estudios estaban construidos a partir de la descripción de sucesos que podían enunciarse y descubrirse por medio de leyes. Posteriormente, el cientificismo ilustrado, basado en explicaciones nomotéticas, fue convirtiéndose en herramienta básica de los recién formados estados nacionales para proyectar de manera espacial el poder y la influencia sobre un espacio. Desde finales del siglo XIX hasta la segunda mitad del siglo XX, algunas corrientes de las ciencias sociales sirvieron como principal herramienta del colonialismo, la expansión militar y la penetración a diversos espacios y culturas del mundo,

3. Friedrich Ratzel, influenciado por el biologisismo y el naturalismo del siglo XIX, acuña el término *lebensraum*, o espacio vital estableciendo una relación entre Estado y población que considera al Estado como un organismo y el espacio vital, como lo necesario para garantizar la supervivencia de éste frente a otros mediante la disputa o la competencia.

reafirmando la tarea de los antiguos cartógrafos y misioneros monárquicos de servir como instrumentos o armas de expansión. Tal y como es el tan conocido ejemplo de la geografía política y la geopolítica en Alemania o la antropología estructural funcionalista, a las que se les dedicará un espacio sobresaliente en la mayoría de los libros que hablan del territorio.

En la actualidad, ambas disciplinas de las ciencias sociales han logrado conjuntar ciertos objetivos que las llevan a establecer un análisis crítico sobre la disputa del espacio y a preguntarse sobre el futuro y el compromiso de las ciencias sociales ante las transformaciones territoriales. Desde la trinchera de la antropología, el estudio de las identidades creadoras de *espacios apropiados* producidos por la continua lucha y la negociación con otros grupos o instituciones estatales, ha generado en la disciplina un campo de observación interesante en donde la organización colectiva no sólo es analizada desde abstracciones que remiten al estudio de campos sociales o fronteras culturales, sino que además presentan un campo concreto, plausible y visible de hechos y realidades sociales. Desde la trinchera de la geografía, los estudios del territorio y la territorialidad han sido una puerta inmejorable para el acercamiento con las ciencias sociales, en especial con la política, la sociología y la antropología, ya que a partir del análisis territorial se organizan los estados nacionales, se construye un considerable número de ideologías y se concretan imaginarios sociales. Visto de esta manera, el territorio, las territorialidades y las prácticas que de él emanan son una herramienta crítica en todos los sentidos, la utilización de dicho instrumento depende de cada investigador. Cabe señalar que las ciencias sociales definieron sus mecanismos argumentativos de *lo que es ciencia* con base en el "consenso de la comunidad científica" (Habermas 1972: 91), más que con la comprobación de experimentos empíricos.

Genealogía de los estudios del territorio desde el pensamiento geográfico

Del espacio al territorio[4] *a partir de prácticas políticas*

El espacio, junto con el tiempo, es un elemento sustancial del ser humano, por lo que siempre ha sido objeto de interpretación y análisis, ya sea como un límite inmóvil que abarca un cuerpo o como un referente de ubicación de los objetos. La materialización de los fenómenos observados ha tenido el espacio como punto de partida desde los primeros recorridos del

4. Raffestin (2012: 102) señala que "es esencial comprender que el espacio es anterior al territorio, que éste se generó a partir de aquél y que es el resultado de la acción de un actor sintagmático (aquel que realiza un programa) en algún nivel. Al apropiarse, de forma concreta o abstracta (mediante la representación, por ejemplo), de un espacio, el actor territorializa el espacio. Lefebvre expresa perfectamente el mecanismo por el cual el espacio pasa a ser territorio: la producción de un espacio, el territorio nacional, espacio físico, delimitado, modificado, transformado por las redes, circuitos y flujos instalados en él: rutas, canales, vías de tren, circuitos comerciales y bancarios, carreteras y rutas aéreas, etcetera".

pensamiento científico.[5] René Descartes ligó el espacio con la geometría, como "el que señala la situación en forma más expresa que el tamaño o figura". Posteriormente, Newton concluyó que el espacio era propiedad de una sustancia y, en contraposición, Leibniz sugirió que era algo relativo, un orden de coexistencias, ya que el tiempo es un orden de sucesiones. Kant refutó esa aseveración, planteó el espacio como cósmico y absoluto y especificó que el orden de sucesiones podía ser explicado como regiones. Esta distinción llevó a posteriores subconceptos heurísticos de espacio, tal y como se conoce el de región, lugar (que tiene que ver más con lo señalado por Descartes) y territorio, entre otros.

Después de continuos debates epistemológicos a lo largo del tiempo, la geografía contemporánea, Ortega y Valcárcel (2000: 338) resume al espacio como un concepto de amplia utilización incorporado a campos tan diversos como la matemática, la lingüística, la economía y la geografía. También señala que sus acepciones no son equiparables pero que responden a un trasfondo común que se vincula con la experiencia humana. El mismo autor menciona que el espacio es un producto social, un sistema de relaciones sociales cuya materialidad identificamos también como espacio geográfico y en el sentido en que lo elaboran los geógrafos de inspiración marxista, constituye la representación más reciente del espacio como objeto de la geografía (*ibídem*: 362).

En un trabajo reciente, López y Ramírez (2012: 24) mencionan que el concepto de espacio puede ser definido a partir de su realidad, que tiene que ver con la noción de recipiente o contenedor de objetos materiales. Aunque sea uno de los más precisos, este concepto ha sido refutado por algunos geógrafos que argumentan que el espacio no solamente debe ser considerado como un escenario sino como un actor importante en el desarrollo social. Volviendo al texto de López y Ramírez, los autores mencionan que existe otro concepto centrado en la estructura métrica, que es utilizada en física contemporánea; sin embargo, tendrá que ver muy poco con el análisis y el giro de este trabajo y otros que estén enfocados a las ciencias sociales.

Con el tiempo, el concepto de espacio se convirtió en un referente muy amplio y muchos de los analistas comenzaron a especializar de acuerdo con los fines que buscaban sus explicaciones. Algunos fueron vinculando el concepto de espacio a otros subconceptos más específicos, como lugar o región. Finalmente, algunos geógrafos y filósofos de escuela marxista siguieron tomando el concepto de espacio como elemento heurístico de relaciones desiguales, de conflicto, resistencia o hegemonía. Para Milton Santos, el espacio se conforma por un conjunto indisoluble, solidario y contradictorio de sistemas de objetos y sistemas de acciones, que no están aislados sino como parte del contexto en el que se realiza la historia. Su construcción depende de la interacción de los humanos, las empresas, las instituciones, el medio ecológico y las infraestructuras (Santos 1997: 54, 57). Para Coraggio (1994: 34), en la producción del espacio intervienen diversos agentes, como lo son las instituciones gubernamentales,

5. Abbagano (2004: 397), López y Ramírez (2012: 23), Ortega (2002), entre otros autores que se encargan de analizar el desarrollo de la ciencia espacial, hablan de este tipo de definiciones del espacio y ponen como principales ejemplos, el pensamiento aristotélico y de Platón.

empresas y organizaciones no gubernamentales. Estas instancias son las que generan una serie de configuraciones espaciales, es decir, una particular distribución de bienes y servicios que se proyecta sobre una superficie continua con respecto a una red de nodos y áreas, que requiere la orientación de un plan para la optimización de un proceso social.

Al igual que los dos anteriores autores latinoamericanos, David Harvey (2007: 93) retoma la línea de la economía política ligada a los conceptos propuestos por Raymond Williams para definir el espacio a partir de su producción capitalista, de relaciones de poder y de desarrollos geográficos desiguales. En el segundo capítulo de este libro, "La disputa por un terreno exclusivo en Zapopan, Jalisco", Dante Guillermo Celis Galindo representa la primera experiencia consolidada en una investigación del CEGH que trata de los procesos de exclusión espacial realizados de manera efectiva por una elite política y económica sobre el resto de la población de la Zona Metropolitana de Guadalajara, una de las más grandes de México. A lo largo del texto, el autor muestra los procesos históricos, culturales y políticos constructores de una territorialidad fundamentada en el discurso neoliberal de *desarrollo* y son estos desarrolladores o creadores de espacios exclusivos quienes levantan físicamente un territorio justificado en leyes y principios de seguridad que incluye muros, cotos residenciales, centros comerciales y hospitales privados que elevan el costo del uso del suelo. Uno de los aportes más significativos en este capítulo es el uso de conceptos y bases teóricas de un claro sello geográfico vinculado a un análisis crítico de los mecanismos utilizados por los agentes urbanos (representados por familias y elites) para crear ciudades basadas en la exclusión y la diferencia, lo cual remite a la inclusión de autores relacionados con la sociología y la antropología. Sin embargo, en primera instancia, el concepto de espacio resulta fundamental y el de territorio está en segundo término, ya que, como suele suceder en este tipo de investigaciones, la estructura y la imposición de un orden parecen verticales de arriba hacia abajo, por lo que la territorialidad supone estar fundamentada de un solo lado y nunca con respuestas y movimientos contestatarios. Posteriormente, Dante hace ver que esos desarrollos geográficos desiguales generan movimientos sociales en respuesta a los promovidos por las elites.

La fragmentación y la especialización del concepto de espacio provocó que de acuerdo con el paradigma y la disciplina científica que lo desarrollara fuera tomando forma de herramienta heurística de acuerdo al tipo de explicación que se pretendiera exponer. El espacio, y en particular la *espacialización* consensuada a partir de la ciencia geográfica, siempre ha servido como "arma para la guerra" (Lacoste 1977) y, por tanto, para la expansión de los territorios. Debido a su formación y al resto de su contexto, la mayoría de los estudiosos del espacio ligados a la economía política sigue viendo el concepto de territorio desde una perspectiva de herramienta política, más que un elemento que señale relaciones de poder.

Durante muchos años, la geografía no involucró de lleno el concepto de territorio, ya que éste confería más al terreno de la política y al arte de gobernar. Los geógrafos, al igual que muchos otros científicos sociales contribuyeron a la esquematización de proyectos de gobierno. Por ejemplo, los geógrafos Ritter y Humbolt hicieron que la sistematización del conocimiento

fortaleciera la experimentación y la observación en campo (*in situ*). Posteriormente, la geografía pudo adaptar elementos del darwinismo científico, con lo que comenzó el desarrollo de una disciplina positivista y racionalista (Gómez, Muñoz y Ortega 1982). Esta definición abrió la posibilidad de injerencia en el campo político, ya que los informes de los científicos llegaban directamente a los órganos gubernamentales de los estados nacionales colonialistas, que formaron un *ejército* de técnicos y exploradores que preparaban el terreno para la expansión de las metrópolis. Debemos recordar que "el capitalismo se expandió bajo la práctica del colonialismo" (Fábregas 2002: 45) y ambos necesitaron de un cuerpo de científicos que los abalaran.

En el trabajo que presenta en este libro, Jorge Dolores Bautista muestra que los términos región y territorio no son entes conceptuales que se tengan que ver por separado. El manejo de dos escalas espaciales y dos escenarios políticos permite observar la lógica de un municipio siempre en coordinación con un orden regional y uno estatal. En su estudio de caso, la Huasteca es una región con muchas referencias en cualquier disciplina científica (desde cuestiones biológicas y medio ambientales, hasta movimientos políticos y culturales), por lo que resultaba imperativo hablar de las últimas transformaciones políticas y económicas de la región a partir de uno de sus municipios, y de cómo éste ha resentido la instauración del neoliberalismo, que vuelve a mostrar sus mecanismos de transformación territorial, sólo que ahora en un espacio rural.

Existe una amplia gama de estudios del espacio, el territorio y las fronteras vinculados al ejercicio del poder y el fortalecimiento de los estados nacionales, como ejemplo podemos mencionar al trabajo del historiador estadounidense Jackson Turner, quien replantea un imaginario espacial con mayor vinculación al territorio y, sobre todo, a la definición del término frontera. En efecto, para la mayoría de las elites políticas anglosajonas, el mundo es un *oeste*, o un *sur* indómito que debe ser conquistado. Por tanto, su frontera territorial es vista como el espacio físico y geográficamente delimitado que separa a la civilización del salvajismo. "Turner constituyó una suerte de manifiesto del nacionalismo norteamericano y el reclamo de posesión de un pasado único, singular y completamente original" (Fábregas 2002: 73). La diferencia entre la frontera de Europa y de lo que ellos llaman Norteamérica, es que la primera estaba poblada, y la segunda, hasta mediados del siglo XIX, no, y en el caso de que hubiera población, se trataba de lo que ellos designaban como *pequeñas aldeas indómitas que necesitaban colonización*. El argumento de la inexistencia de civilizaciones se liga al de que no hay propietario de ese *lugar vacío*. Así, este tipo de justificaciones territoriales llevó (y aún siguen siendo efectivas) a guerras e invasiones por recursos materiales, principalmente energéticos.

Aunque en la mayoría de los capítulos se mencionan las diferenciaciones sociales en los territorios, el de Verónica Rodríguez, "Procesos históricos de configuración y transformación de la Amazonia norte de Ecuador. Movimientos sociales, trasnacionales petroleras y Estado", es un claro ejemplo de la colonización de lugares aparentemente desocupados o indómitos por compañías trasnacionales estadounidenses interesadas en la explotación petrolera desde finales del siglo XIX. La región amazónica es un punto en donde un sinfín de miradas e intereses

entra en constante disputa, desde los estados nacionales que ahí convergen, las empresas trasnacionales, las instituciones de defensa del territorio, hasta sus primeros pobladores y colonos. Debido a esta continua lucha y al movimiento de intereses, el territorio ha estado en constante cambio de delimitaciones, fronteras, puntos de referencia y construcción de departamentos, centros urbanos y provincias. El análisis histórico realizado por Verónica, del uso del suelo, los recursos naturales y los grupos emergentes que resultan de esa pugna territorial es esencial para poder entender la territorialización colonialista.

El territorio desde perspectivas de la geografía política y la geopolítica

En términos explicativos y académicos, el concepto de territorio surge con Ratzel y la simiente de la unificación alemana (1871), que se dio en los años en que se llevó a cabo la institucionalización de la geografía como disciplina en las universidades europeas (Schneider y Peyré 2006). Esta inclusión del término territorio en la academia geográfica tiene un antecedente muy interesante que puede ser tomado como un punto explicativo del concepto mismo: la mayoría de estos teóricos alemanes permanece muy cercana a los círculos de la milicia, por lo que resulta casi evidente que el concepto de territorio siga ligado al argumento de defensa y recuperación.

Para Ratzel, el territorio es una parcela de la superficie terrestre que se ha apropiado un grupo humano con necesidad imperativa de un espacio con recursos naturales suficientes para su poblamiento y que serían utilizados a partir de las capacidades tecnológicas existentes. Otro elemento que no se debe olvidar en el concepto de Ratzel, es su constante referencia al Estado (en términos de Estado nacional y país), ya que el territorio es objeto *sine qua non* para su existencia.[6] Debido a su aparente unilateralidad, el territorio es contrapuesto a otros conceptos que brindan una opción más abierta al estudio del espacio y su dinamismo, tal y como es el caso del concepto de región o del de lugar. El concepto ratzeliano de territorio, y específicamente el de espacio vital, es visto como bandera política del nacismo alemán y del resto de los ejércitos fascistas.

Tiempo después de su decaimiento, el concepto de territorio vuelve a ser debatido como concepto heurístico de la realidad. Jean Gottman, en su obra *The significance of territory* (1973), vuelve a utilizarlo como referencia de las naciones, como parte del espacio con límites o líneas que posee un sistema de leyes y una unidad de gobierno que define las unidades territoriales del mundo. El territorio es parte del espacio caracterizado por la accesibilidad, o no, en medio de la fluidez moderna que destaca, sobre todo, los grandes avances tecnológicos del siglo XX que apunta a la integración de los países por medio del intercambio de mercancías y grupos humanos. Resulta evidente que la columna vertebral de esta definición de territorio es

6. Territorio, población y gobierno son elementos sustanciales de un Estado.

la de territorio estatal ratzeliano; sin embargo, Golman es el primero en establecer una diferencia entre geopolítica y geografía política.

El eje principal de cambio de visión acerca de territorio se liga principalmente a la importancia de las escalas geográficas y la flexibilidad del territorio en cada una de ellas. Con lo que el territorio no sólo debe ser reducido al análisis de los estados nacionales sino también a la división en regiones, provincias, aldeas, urbanizaciones y hasta familias o individuos. Otro punto de análisis transformador del concepto de territorio es el desarrollo del concepto de poder. En *Por una geografía del poder*, Claude Raffestin (2012) hace una crítica a lo que él denomina "geografía unidimensional", que considera el territorio como derivado exclusivamente del poder estatal, pues es un grave error de Ratzel, ya que no solamente existen conflictos territoriales entre estados nacionales (para Ratzel, los conflictos en menor escala son irrelevantes). Raffestin defiende la existencia de múltiples poderes que se manifiestan en las estrategias regionales y locales, de ahí que la geografía política asumiría el análisis de la multiplicidad de valores, y la geopolítica abordaría el poder de un Estado o la relación entre dos o más (Schneider y Peyré 2006; Raffestin 2012).

Claude Raffestin coincide con Foucault en lo referente a la vinculación entre espacio y poder, pues ambos sostienen que el poder no es adquirido, sino ejercido a partir de innumerables puntos espaciales y de relaciones sociales, en las que siempre se intentará imponer una de las partes sobre la otra, aunque en ocasiones se pueda mantener equilibrado y aparentar que no existe dicho ejercicio. Asimismo, ambos autores piensan que donde hay poder hay resistencia, si bien ésta jamás está en posición de exterioridad con relación al poder.

En la perspectiva de Raffestin, el territorio se entiende como la manifestación espacial del poder fundamentada en relaciones sociales determinadas por la presencia de energía e información. Esta comprensión permite pensar el proceso de territorialización/desterritorialización como basado en el grado de accesibilidad a la información. La información –o la falta de ella– de símbolos y significados puede favorecer la creación de nuevos territorios (territorialización), su destrucción (desterritorialización), o su reconstrucción (reterritorialización) (Schneider y Peyré 2006; Raffestin 2012).

Una vez que se vincula de forma directa el concepto territorio con el de poder, surge la tarea impostergable para cualquier teórico social que pretenda estudiar la espacialidad y la política, de triangular el territorio con los distintos actores que lo comparten y analizar las ideas que tiene cada uno de ellos de ese espacio en disputa. De ahí la importancia de ver la territorialidad como una herramienta heurística y multidisciplinaria.

En 1967, Michael Foucault[7] hizo la siguiente disertación:

7. "Des espaces autres", conferencia pronunciada en el Centre d'Études Architecturales, el 14 de marzo de 1967 y publicada en *Architecture, Mouvement, Continuité*, 5, octubre, 1984: 46-49. Traducción al español por Luis Gayo Pérez Bueno, publicada en revista *Astrágalo*, 7, septiembre, 1997.

> Nadie ignora que la gran obsesión del siglo XIX, su idea fija, fue la historia: ya como desarrollo y fin, crisis y ciclo, acumulación del pasado, sobrecarga de muertos o enfriamiento amenazante del mundo. El siglo XIX encontró en el segundo principio de la termodinámica el grueso de sus recursos mitológicos. Nuestra época sería más bien la época del espacio. Vivimos en el tiempo de la simultaneidad, de la yuxtaposición, de la proximidad y la distancia, de la contigüidad, de la dispersión (...) No podemos dejar de señalar que el espacio que se nos descubre hoy en el horizonte de nuestras inquietudes, teorías, sistemas no es una innovación; el espacio, en la experiencia occidental, tiene una historia, y no cabe ignorar por más tiempo este fatal entrecruzamiento del tiempo con el espacio.

Es cierto que Foucault no fue el único ni el primero en plantearlo; sin embargo, fue el que abrió un sinfín de alternativas para continuar con un análisis que vinculara de forma clara el tiempo y el espacio. En toda su obra insiste en la importancia de estudiar el poder en cualquier tipo de relación y en toda representación humana. Esto les sirvió a otros autores para visualizar y analizar el ejercicio del poder en el espacio, al mismo tiempo que lo utilizaron para afinar los argumentos que ya habían hecho algunos otros geógrafos políticos como Ratzel y Haushofer, entre otros.

Territorialidad desde su perspectiva social

Al igual que el territorio, la territorialidad era vista como parte de la ciencia natural, en la mayoría de las ocasiones para defensa de un espacio vital de los animales. Durante las primeras décadas del siglo XX se formaron algunas subdisciplinas (principalmente las de la "escuela ecológica") cuya premisa era que todos los organismos vivos muestran algún tipo de territorialidad.[8] Posteriormente, esa necesidad de supervivencia y control espacial es analizada con relación a grupos humanos e individuos. Precisamente en esa transición, que va de generalidades a peculiaridades, teóricos de la talla de Edward T. Hall y Erving Goffman formulan el concepto de territorialidad a partir del individuo y su relación e interacción con la sociedad. En un capítulo titulado "El espacio habla", Hall (1989) explica la territorialidad como algo estructurado en el ser humano, que le permite apropiarse de un espacio y hacer entender esa apropiación a los demás con y sin argumentos verbales. También explica cómo las personas de diferentes países y culturas entienden la territorialidad con base en el espacio que habitan y donde ejercen autoridad espacial de manera cotidiana. Por otro lado, Goffman habla de una territorialidad basada en el ejercicio de poder sobre grupos vulnerables y de la conformación

8. Raffestin (2012: 112-113) sostiene que el concepto heredado de los naturistas, "quienes se preocuparon de la territorialidad animal y no de la territorialidad humana". Y a pesar de que esta noción, concebida hace tres siglos más o menos, no fue explicitada por los naturalistas sino hasta 1920, por ejemplo por H.E. Howard, quien la definió como "la conducta característica adoptada por un organismo para tomar posesión de un territorio y defenderlo contra los miembros de su propia especie". Muchos autores después de él, entre los que están John B. Calhoun, Karl von Frisch, H. Hedigery Konrad Lorenz, desarrollaron notablemente esta idea de "la territorialidad animal".

de identidades y personalidades ligadas a la inclusión o exclusión de un territorio. De sus estudios sobre hospitales psiquiátricos o cuarteles militares se pueden sacar conclusiones interesantes acerca de ese continuo tránsito entre las territorialidades individuales (corporales) y las microsociales de interacción.

Los trabajos de Hall y Goffman inspiraron un artículo denominado "Territoriality. A Neglected Sociological Dimension". En este trabajo se enmarca la necesidad de los teóricos de las ciencias sociales por estudiar el comportamiento territorial de los seres humanos, pasando desde el individuo hasta los grupos sociales más amplios. Al hablar de territorialidad, Stanford Lyman y Marvin Scott (1967) señalan la importancia de hablar del aspecto político que conlleva a tener en cuenta los conceptos de poder, exclusión e inclusión desiguales dentro de dicho espacio. Una vez que establecen como base argumentativa los trabajos de Goffman, Lyman y Scott definen la territorialidad como el intento de controlar el *espacio libre*, o espacio construido por una sociedad humana para ejercer su idiosincrasia e identidad. Distinguen cuatro tipos de territorio: *1)* territorios públicos, *2)* territorios domésticos (*home territories*) *3)* territorios interaccionales y *4)* territorios corporales.[9] En cada uno de ellos se ejerce cierto tipo de control mediante cercos y restricciones *invisibles* que afectan y benefician directa o indirectamente a todos los miembros de la sociedad, ya que muchos sectores o clases sociales han sido privados de esos espacios, como pueden ser el de negros, mujeres, presos, menores de edad, o en donde las empresas o instituciones que controlan el lugar se reservan el derecho de admisión (Lyman y Scott 1967: 238-240). En este punto, los autores desarrollan y explican una serie de mecanismos de exclusión y de estrategias de resistencia que instrumentan esos grupos marginados.

Entre las formas o los mecanismos de exclusión o apropiación territorial, Lyman y Scott mencionan tres principales: la invasión, la contaminación y la violación. La invasión ocurre cuando alguien que no tenía derecho a cruzar las fronteras, lo hace, de forma temporal o permanente; puede tratarse de un predio, un terreno o hasta una nación. La

9. *1)* Los territorios públicos son áreas en donde existe libertad de acceso para el individuo, pero no necesariamente libertad de acción, en virtud de su condición de ciudadanos. La restricción de las libertades en espacios públicos tiene que ver con conductas no aceptadas públicamente y el comportamiento es supervisado por cuerpos policiales. Ciertos tipos de personas tienen limitado acceso a ciertos lugares públicos en circunstancias específicas, como pueden ser áreas restringidas para gente que vive en colonias privadas, restricción para niños, etc. Los territorios públicos son ambiguos con respecto a los acuerdos de libertad y acceso oficial y esto depende de los mecanismos de los grupos sociales que utilizan para lograr sus objetivos de exclusión. *2)* Territorios hogareños son áreas en donde los participantes regulares tienen una relativa libertad de conducta y un sentido de intimidad y control sobre ella, como puede ser un bar de homosexuales, hogares para vagabundos, etc. Tanto los públicos como los de hogar pueden ser sitios fácilmente confundidos y en muchas ocasiones no se encuentran diferenciados. Sin embargo, en los territorios de hogar se suelen utilizar "estacas territoriales" es decir, ciertas convenciones de vestido, comportamiento o símbolos que plantean ciertas diferencias. *3)* Los territorios de interacción refieren a cualquier área donde puede haber concurrencia. Alrededor de cualquier interacción una frontera invisible o membrana social. Una reunión es un territorio "nudo" que puede conectarse con otro tipo de territorio similar en otro lugar físico. *4)* Los territorios corporales indican que el cuerpo sólo puede ser tocado o modificado por su propio dueño (también en el caso de las mutilaciones o tatuajes que se hagan); posteriormente se habla de que un cuerpo puede ser tocado u ocupado por otros según acuerdos legales tales como el matrimonio, el esclavismo o la prostitución. Sin embargo, el espacio del cuerpo es sujeto de creativa innovación, idiosincrasia y destrucción (marcas, quemazones, cortes o tatuajes) que más allá de su anatomía son indicadores de estatus o estigmas (Lyman y Scott 1967: 238-240).

contaminación de un territorio significa que es invadido por algo que es considerado impuro para éste, en muchas ocasiones este tipo de intrusión es llevada a cabo por empresas e industrias (fábricas, aeropuertos, agroindustrias, termoeléctricas, etc.) que rompen por completo con el orden cultural o natural establecido con anterioridad. Y, finalmente, la violación, en donde los autores se remiten a este tema en términos corporales e individuales, sin los referentes jurídicos o socioespaciales.

Ante esos tres tipos de intrusión existe otro tanto igual de reacciones a la invasión (defensa interna por el control, aislamiento y colusión lingüística). Ciertos grupos son espacialmente despojados de sus territorios libres –esto es, las condiciones ecológicas que ofrecen oportunidades de idiosincrasia y expresión de identidades deseadas–. En respuesta a esta ausencia de espacio libre, los grupos despojados utilizan varios tipos de manipulación de espacios más reducidos e íntimos (modificación del espacio interno), que van desde el barrio, la casa, el hogar o el mismo cuerpo.

La década de los años setenta será muy fructífera para los estudios del territorio y la territorialidad. Desde la filosofía, Lefebvre y Michel Foucault sirvieron de puntal para el imprescindible análisis espacial del poder en forma de renta, de plusvalía o de representaciones de propiedad. De esos estudios filosóficos en los que se conjugan el espacio y el poder, derivan dos trabajos de crucial importancia para el análisis de la territorialidad. El primero que aquí se expone es el realizado por el geógrafo Robert Sack, quien examina la territorialidad desde la perspectiva de las emociones humanas y, por tanto, como base del poder. Para Sack, la territorialidad es una estrategia de un individuo o grupo para influenciar, alcanzar o controlar recursos y personas por medio de la delimitación de áreas específicas. Las perspectivas de análisis de este autor son diversas, ya que sus ejemplos incluyen a comunidades indígenas, los territorios ejercidos por la Iglesia católica, y otros clásicos en donde se habla de empresas o estados invasores en zonas vulnerables.

El segundo trabajo es el de Claude Raffestin, en donde la territorialidad tiene un valor vivencial para los miembros de una colectividad y las sociedades que comparten de alguna manera ese territorio. Raffestin (2012: 112-113) menciona que

> los hombres viven al mismo tiempo el proceso territorial y el producto territorial, mediante un sistema de relaciones existenciales y/o productivas. Ambas son relaciones de poder, en el sentido de que hay interacción entre los actores que buscan modificar las relaciones con la naturaleza y las relaciones sociales. Los actores, sin quererlo ni saberlo, se auto-modifican también. El poder es inevitable y no es inocente, ya que no es posible mantener impunemente cualquier relación sin estar marcado por él.

La incorporación del concepto de poder ligado al de territorialidad hizo que se añadiera un nuevo análisis social que alejaba el concepto de la mirada "naturalista" convirtiéndolo, así, en una *tierra inexplorada* tanto para geógrafos como para antropólogos.

En 1971, Edward Soja define la territorialidad como "un fenómeno de comportamiento asociado a la organización del espacio en esferas de influencia o de territorio claramente diferenciados y considerados parcialmente exclusivos por sus ocupantes, o por aquellos que los definen". Con esto Soja intenta mostrar un modelo explicativo de continuas relaciones de inclusión y exclusión espacial, en el que el factor de principal atención es la relación de alteridad en un territorio compartido o disputado por individuos o grupos. Soja (1971) da como ejemplo cómodo la idea occidental de la propiedad privada; sin embargo, más allá de esa "relación triangulada" (Girard 1961) que se establece entre individuos o grupos en pugna y el territorio disputado, lo interesante de este análisis propuesto por Soja radica en el grado de asimetría existente entre los grupos, así como "el proceso de intercambio y/o de comunicación que requiere de la energía y de la información, y que permite a los actores satisfacer sus necesidades, es decir, que les procura un beneficio, pero también un costo. Si los beneficios y los costos se equilibran, las relaciones son simétricas; de lo contrario, son asimétricas" (Raffestin 2012: 113-114), pero siempre tomando en cuenta los factores y los actores físicamente externos a ese territorio, si bien repercuten directamente en él y lo redefinen de forma constante, tal y como puede ser el Estado, las instituciones gubernamentales, empresas, etcétera.

Raffestin (2012) pone de manifiesto que

> Cualquier producción del sistema territorial determina o condiciona un consumo del mismo sistema. Segmentaciones, nudosidades y redes crean vecindarios, accesos, convergencias, pero también disyunciones, rupturas y alejamientos que deben asumir los individuos y los grupos. Cada sistema territorial secreta su propia territorialidad, que viven los individuos y las sociedades. La territorialidad se manifiesta en todas las escalas espaciales y sociales y es consustancial a todas las relaciones; se podría decir que es la cara real de la máscara del poder.

Por otro lado, Soja (1971: 34) clasifica en tres elementos la territorialidad: *1)* el sentido de la identidad espacial, *2)* el sentido de la exclusividad y *3)* la compartimentación de la interacción humana en el espacio. Estos tres elementos, utilizados principalmente por los geógrafos, quedan cortos si no se analizan los antecedentes históricos de la construcción de ese territorio y las relaciones que coadyuvaron a la conformación de la territorialidad específica.

La territorialidad de cada uno de los grupos sociales que se presenta, en este libro es ejemplo claro de la complejidad social conformada por lo que viven los actores sociales cotidianamente, junto con su bagaje histórico y las situaciones estructurales de las que depende de forma directa. De esta manera, la territorialidad de cada uno de los grupos sociales es una dinámica continua en la que los rejuegos de poder e identidad espacial sirven de motor principal.

A diferencia de entender el poder como algo venido de arriba hacia abajo, o como algo simplemente negociado, en los capítulos presentados por Diana García Tello, Fernando Escobar y Eduardo Zárate, el poder es circulante y se reparte de diversas maneras en los grupos

que pelean el territorio. En el estudio de caso que presenta García Tello, "Territorio y etnicidad. El caso de la comunidad mixteca asentada en la colonia Héctor Caballero Escamilla, Juárez, Nuevo León", la ciudad de Monterrey pareciera ser un bastión del liberalismo mexicano en donde se ensalza la figura del industrial mexicano mestizo progresista; sin embargo, la emergencia de grupos de mixtecos oaxaqueños justo cuando se comienza a desarrollar el neoliberalismo en el área metropolitana de Monterrey es un aparente desafío a una estructura que siempre basaba sus triunfos en éxitos económicos y nunca en su equidad y la tolerancia a la diversidad. La territorialidad que ejercen los mixtecos se presenta como negociada, pero al mismo tiempo es arrebatada por distintos elementos característicos de sus formas culturales dispuestos en el espacio.

Fernando Escobar presenta en "Moravia. Territorio, gobernanza y actores sociales en el proceso socio-espacial de un barrio de Medellín, Colombia", una territorialización negociada sobre un espacio que parecía perdido para quienes gobernaban de manera oficial la ciudad. Los sucesos ocurridos una década atrás habían hecho de esa zona un lugar conocido por lo "peligroso, delincuencial" y, por ende, negativo. Después viene un proceso de reestructuración o *limpieza* en términos positivistas, en donde los dirigentes políticos de la ciudad se ven en la tarea de negociar con los colonos para transformar el barrio en un espacio gobernable y bien visto para el resto de los ciudadanos.

Por su parte, el capítulo de Eduardo Zárate, "Territorios imaginados. Territorios de poder", se refiere al continuo reacomodo territorial realizado por el Estado y las llamadas culturas originarias de distintos lugares del Centro-Occidente de México que, junto con colonos mestizos, han reconfigurado un espacio heredado, ganado, disputado o perdido, mediante una denominación emanada de la comunidades en cuestión entendida como toponimias y referencias que van desde los objetos físicos visibles –como los cerros, los ríos–, hasta los fenómenos que ahí se producen –lo sagrado, lo ignoto, lo prometido, etc.–. De igual manera, la territorialización no sólo es algo de lo se puede elaborar mapas siempre y que es estático, sino que también tiene que ver con fronteras físicas erguidas o creadas de manera momentánea, tal y como pueden ser barricadas, trincheras o cuarteles, para defender o atacar la tierra amenazada.

Análisis del territorio y la territorialidad en tiempos poscoloniales y neoliberales

El análisis mencionado en el apartado anterior es buen punto de partida para la discusión que se desarrollará en este subcapítulo. La territorialidad está compuesta por actores que disputan el control de distintas maneras: algunos buscan ejercer el poder de manera directa y física sobre el espacio geográfico, y por lo general se trata de gente que *vive* en el territorio demarcado, con una identidad forjada a partir de ese espacio en particular. Otros son las instituciones y los agentes que, aunque se ligan con el territorio en cuestión e intervienen de forma directa en éste, no lo *viven* ni lo pelean como único elemento de disputa. Se trata de agentes

estatales y gubernamentales que tratan de poner en marcha políticas económicas gubernamentales en muchos territorios circunscritos al orden o al programa de Estado. Por ejemplo, programas forestales en regiones que comprenden muchos territorios, programas de combate a la pobreza, educación a pueblos indígenas, etc. Finalmente, existen instituciones ligadas a estructuras internacionales metropolitanas que ejercen un control global sobre los territorios, que representan escalas menores a las de estas entidades. Estamos hablando de trasnacionales, organismos internacionales y otros poderes fácticos ligados a la configuración del orden mundial. En un primer momento se podría pensar en metrópolis que concentraban el poder sobre el resto de los territorios colonizados; posteriormente, en la descolonización aparente de esos territorios y en el ejercicio de dominación por medio de factores estructurales por los que se crea dependencia. En la actualidad, ese tipo de agentes territoriales está en la totalidad de los espacios estudiados por geógrafos y antropólogos y resultan un elemento de análisis fundamental para cualquier tipo de relación social actual.

Desde mediados de los años sesenta hasta los últimos años del siglo XX se vivió un periodo de independencia de las antiguas colonias europeas en África y Asia y de continuas guerras en busca de los recursos materiales que determinan la riqueza de los estados nacionales. Hoy en día, las sociedades que conviven en los estados están irremediablemente divididas en ricos y pobres, y las naciones que concentran a dichas sociedades también están fragmentadas entre las portadoras de recursos para las esferas capitalistas y los concentradores de capital, recursos e información suficiente para controlar al resto.

En el último año del siglo XX, el antropólogo John Gledhill publicó una obra titulada *Power and its disguises. Anthopolological Perspectives on Politics*,[10] en la que formula una crítica al quehacer de la antropología social durante el colonialismo de los países europeos y la puesta en marcha del paradigma estructural-funcionalista. En seguida pone a discusión conceptos de civilización, barbarie, modernidad, orden mundial, Estado moderno, etc., todos ellos siempre encausados al análisis del poder visto a partir de las prácticas sociales.

Como un complemento de lo que ya se ha repasado con la obra de Raffestin, el trabajo de Gledhill expone que fue Gunter Frank, a partir del paradigma de la dependencia, quien abordó el problema de la política de la periferia y explicó la naturaleza de las elites políticas en función del modo en que las burguesías de los países subdesarrollados servían a los intereses de la metrópoli extrayendo riqueza de sus países en connivencia con los capitalistas extranjeros. El acusado principal serían los estados nacionales del Tercer Mundo por mantener semejante orden social. Sin embargo, la teoría de la dependencia no sólo fue débil a la hora de explicar la diversidad de respuestas políticas al subdesarrollo en términos científicos, sino que a veces fue aplicada por los tiranos y torturadores (Gledhill 2000: 21).

Sucesoras de la teoría de Gunter Frank fueron la de los sistemas mundiales y la observación de los procesos de larga duración reconocida por historiadores como Braudel, y

10. Véase Gledhill 2000.

cristalizada por Wallerstein, que incorporaban las relaciones internacionales a la agenda de la antropología y del resto de las ciencias sociales que tenían como principal objetivo localidades bien delimitadas. La teoría de los sistemas mundiales estimuló un vivo debate sobre la manera en que los procesos mundiales resultaban modificados por las variables históricas locales. A principios de los años ochenta, Eric Wolf (1987) ve este tipo de enfoque de forma crítica, pero al mismo tiempo con aportes desde la antropología marxista al resto de las ciencias sociales. Habla de interconexiones continuas y de afectaciones que van desde lo universal a lo local. El punto central de la obra es la mención de la necesidad de alianza entre la antropología y la historia para investigar la dinámica política y espacial de los procesos sociales.

A finales de los años ochenta y principios de los noventa, la antropología política fue fortaleciéndose gracias a los métodos de investigación etnográfica que permitieron estudiar la dinámica de los procesos político-territoriales *in situ*, pero sobre todo con una perspectiva cabal al enfocarlos en la escala local. Esto permitió que los etnógrafos pudieran analizar y observar que los distintos grupos que participan en los procesos no se mantuvieran estáticos ante los mecanismos estructurales de poder, sino más bien observaran las distintas estrategias de movilización y resistencia que los grupos o agentes aplican a las circunstancias de dominación. De esta manera, personajes como Roseberry, Trouilliot o Gavin Smith, pudieron mostrar que las historias llenas de silencios, mitos y desacuerdos con lo oficial, resultaban de gran importancia para analizar las relaciones de poder rehabilitando el concepto de hegemonía desde el punto de vista de Gramsci. Por último, cabe mencionar que uno de los exponentes más interesantes dentro de la geografía y la antropología en la llamada línea marxista es David Harvey, quien, por un lado retoma los conceptos espaciales de Lefevre y Santos y, por otro, analiza la *glocalización* a partir de su concepto de desarrollos geográficos desiguales, lo que le permite un diálogo continuo con la antropología. Harvey realiza una crítica a los teóricos marxistas, en su obra *Limits to Capital* (1982), en donde reclama la carencia del elemento espacial en el análisis de la expansión capitalista. Asimismo, en su obra *Espacios de esperanza*, expresa la importancia de analizar las alteridades particulares de cada espacio y cada cultura, ya que esos pequeños sectores generarán resistencias y bases para una lucha de carácter global.

Con los elementos ya mencionados, se podrá tener un panorama de aquellos antropólogos, geógrafos y estudiosos de territorios y territorialidades particulares que han señalado la importancia de mirar esos desarrollos geográficos desiguales como pequeñas unidades de cambio que aumentan la probabilidad de provocar un cambio de manera global. A lo largo de este libro, tres son los trabajos que mencionan de forma directa la transformación territorial producto de la instrumentación de políticas neoliberales y la formación de desarrollos geográficos desiguales: el ya mencionado de Celis Galindo, que muestra la penetración capitalista a partir de una maquinaria empresarial inmobiliaria basada en familias locales: el trabajo de Jorge Dolores Bautista "La disputa por el espacio y el territorio en la Huasteca hidalguense. Interfaces de interacción social y neoliberalismo", utiliza el concepto de hegemonía como una de las principales herramientas para el análisis que va más allá de la descripción de los ataques

del neoliberalismo, e incluye las respuestas que intentan dar los habitantes de un espacio en disputa, como una forma de negociar los territorios entre un orden Estatal y otro local.

El trabajo de Angel Lueza Ruíz, "La producción territorial del cooperativismo en Tacámbaro, 1920-2012", se refiere a la pugna territorial y analiza el control hegemónico de una manera muy original, porque se trata de grupos organizados en el trabajo y a la vez de cooperativas y asociaciones productoras de espacios de lucha y gobernanza. Para este caso, la construcción hegemónica del territorio tendrá como principales actores al Estado, a las cooperativas y al clero local personificado en el Obispado, que al mismo tiempo funge como un Estado oficial (Estado Vaticano) que construye territorios y dota de autoridad a quien lo personifica.

De manera semejante, aunque con diferentes medios metodológicos, Ángeles Alberto muestra una alternativa del análisis organizativo en defensa del territorio construido por los propios actores. Si bien es cierto que este trabajo representa una de muchas alternativas, es una rama muy importante y contemporánea de la geografía ambiental y del territorio ligada a su ordenamiento.

Territorio, territorialidades y geografía política, desde la mirada de los estudios latinoamericanistas

Desde que los antiguos geógrafos y cartógrafos occidentales ubicaron en sus mapas el Sur, en la parte baja de sus productos, y muchos geógrafos ingleses, franceses y estadounidenses de los siglos XVIII y XIX hablaban del sur como lo indómito y digno de colonizarse, esta idea subjetiva fue convirtiéndose en un precepto para los gobernantes. Esta suerte de política segregacionista no era exclusiva de las metrópolis, sino también de muchos funcionarios y servidores públicos de los países del sur. Para principios y mediados del siglo XX, esto llegó a convertirse en un discurso de políticos mexicanos de la talla de José Vasconcelos, quien desde su obra tipificó al sur como lo relajado y al norte como lo falto de pensamientos.

El periodo de la posguerra fue de autoreconocimiento para las ciencias sociales en Latinoamérica, en donde *el sur* no solamente sería una región de análisis para los geógrafos o antropólogos estadounidenses y europeos, sino un espacio en donde se generarían críticas teórico-académicas y nuevos argumentos para estudiar *el sur* y al resto del mundo "desde el sur" y "para el sur". Los años sesenta y setenta tuvieron como eje primordial la crítica a los estados colonialistas y la reivindicación de los pueblos llamados autóctonos. La historia, la sociología, la antropología y la geografía fueron las principales artífices para el desarrollo de este tipo de estudios. La década de 1980 estuvo representada por el comienzo de una política neoliberal engendrada desde la Academia en los estados y copiada por políticos tecnócratas latinoamericanos (*Chicago Boys*), esto provocó que muchos de los estudios que se hacían sobre las territorialidades y el neocolonialismo sufrieran un proceso de reorientación crítica. Dicho análisis rindió frutos en la década de 1990, cuando el modelo económico neoliberal latinoamericano comenzó a ser cuestionado y la crítica a los estudios acríticos y ahistóricos que desde ahí

se proponían, sufrió un fuerte colapso. A partir de ese entonces, los estudios sobre el espacio y los territorios son diversos y propositivos. Los asuntos ahí tratados analizan territorialidades promovidas desde abajo y, en ocasiones, por grupos que ni siquiera son considerados como tales en las esferas gubernamentales (tal es el caso de la comunidad *gay*, perseguidos políticos, grupos étnicos de raza negra en México y Argentina, etc.). La territorialidad ha cobrado en la actualidad un sentido al exigir derecho a la diversidad y a que estas diferencias tengan un espacio de reproducción social y cultural.

Son muchos los países que han contribuido para que los estudios latinoamericanos sobre los territorios y las territorialidades tengan importancia en el campo de las ciencias sociales, los principales portadores son la escuela de geografía brasileña, los estudios del territorio provenientes de geógrafos colombianos, los estudios sobre ciencias sociales, antropología y geografía tales como los de Argentina, Uruguay y Chile. Para el caso mexicano se puede decir que, aunque de manera reciente, los estudios de geografía han tenido un acercamiento exitoso al análisis del territorio y las territorialidades; de igual forma, la antropología y la sociología provenientes de la academia mexicana han hecho una aportación importante en este tema.

Al definir territorio como "una porción de la superficie terrestre sujeta a procesos de posesión, soberanía, gestión, dominio, administración, control, utilización, explotación, resistencia, aprovechamiento, arraigo y apropiación" (López 2008: 272), no se busca que el concepto sea una herramienta de aplicación holística, sino más bien mostrar que se trata de un concepto que señala la división entre lo propio y lo ajeno y las distintas alteridades que intervienen en un espacio geográfico. Acerca de la aparente trascendencia de la globalización neoliberal en los años noventa y el proceso de desterritorialización, Gilberto Giménez realizó un trabajo muy importante para la época llamado "Territorio y cultura" (1996), en el que se conjunta la idea de territorio físico que toma como referente histórico y fronterizo las montañas y los ríos y, por otra parte, habla del apego al territorio y la construcción de imaginarios producto de la nostalgia cuando se está fuera de él. En otro trabajo, Giménez (2004: 315) dice que se trata de un espacio apropiado por un grupo social para asegurar su reproducción y la satisfacción de sus necesidades vitales, que pueden ser materiales o simbólicas. De manera paralela a ese trabajo se desarrollaron varios estudios que hacían otros aportes a la cultura, aquellos en donde el concepto de poder servía de motor para el movimiento que propicia el territorio.

Una de las primeras personas en dar aviso de la importancia de considerar a las empresas trasnacionales fue la geógrafa brasileña Bertha Becker (1983), quien además de exponer su concepto de territorio, critica cualquier otra noción que dé prioridad a las naciones, ya que actualmente el análisis de las empresas multinacionales escudriña el poder de territorialización del Estado nacional. Ella sostiene que frente a la multinacionalidad del poder, el espacio retoma fuerza y se recupera la noción del territorio. Se trata de una geopolítica de relaciones multidimensionales de poder en diferentes ámbitos espaciales en donde lo local tiene injerencia en lo global.

La escuela del español Jesús Martín-Barbero, de Colombia, retoma los conceptos e ideas de Foucault para hablar de desterritorialización y de la importancia de analizar fenómenos globales que llaman a la totalidad antes que a particularidades históricas y locales.

Un considerable número de estudiosos brasileños coincide con lo expuesto por Becker y lo complementan con otros trabajos que presentan al Estado como uno de los principales (no el único) influyentes en las espacialidades, tal es el caso de Eliseu Sposito (2004), quien señala que la comprensión del territorio debe tener dos aspectos importantes: *1)* el de las redes de informaciones y *2)* la escala cotidiana del individuo. Del primero se desprende lo que se conoce como "desterritorialización" como lo menciona en su ensayo "Territorios otros"; sin embargo, existen diferentes maneras de verla. En la actualidad, la desterrirorialización es un proceso que ha llevado a la lucha por la identidad de grupos en territorios específicos y a la conformación de nuevas formas y relaciones sociales y culturales. De esta manera, al igual que en la propuesta de los autores Schneider y Peyré (2006), para lograr un análisis territorial completo es necesario analizar los tres procesos involucrados: territorialización, desterritorialización y reterritorialización.

En lo tocante a la escala humana del individuo, se deben analizar desde dos perspectivas el espacio físico de acción del individuo y los puntos relacionales entre el territorio y el poder desde donde se ejerce.[11] Esto conlleva a ver y a analizar el territorio desde diferentes escalas, aunque siempre relacionadas con otras situaciones similares.

En la academia de geografía en Colombia, Montañez y Delgado (1998) ubican el territorio desde las relaciones sociales y de poder existentes entre comunidades concretas, imaginadas y el Estado nacional que, al parecer, vuelve a escena como un elemento esencial en la lucha de los grupos por el territorio. Los autores centran su vista en el control y en las prácticas espaciales sin dar tanta importancia al encuadramiento conceptual, sino más bien a las consecuencias espaciales y humanas de dicho proceso de territorialización. En otra obra, Gustavo Montañez (1997: 198) explica que la territorialidad "es el grado de control de una determinada porción de espacio geográfico por una persona, un grupo social, un grupo étnico, una compañía multinacional, un Estado o un bloque de estados". Esto implica el fortalecimiento de conceptos ya expuestos por Raffestin o Sack desde perspectivas particulares.

11. Muchos de estos estudios nunca se desligan de lo propuesto por filósofos del poder, Henri Lefebvre, por ejemplo, habla de dos categorías para explicar la sociedad capitalista: espacios dominados y espacios apropiados; deja esto en claro una diferenciación relacionada con los conceptos de territorio y lugar. Por un lado, los territorios apropiados serían aquellos utilizados para servir a las necesidades de una colectividad y posibilitarían una propiedad simbólica y de identidad (lugar). Los territorios dominados serían aquellos espacios transformados casi siempre cerrados. Éstos serían puramente utilitarios y funcionales, dentro de una racionalidad instrumental, es decir, con la finalidad de controlar los procesos naturales y sociales a través de las técnicas, sometiéndolos al interés de la producción. La historia de la acumulación del capital es también, para Lefebvre, la historia de la separación (y contradicción) de la apropiación y la dominación, sobre todo con el surgimiento de la propiedad privada. Conviene destacar que la posesión no es una condición necesaria para caracterizar los territorios dominados, existen formas de coerción económica y política (no institucionalizada) que favorecen la aparición de espacios públicos, y que muchas veces tiene fuerte legitimidad en la población en general (Schneider y Peyré 2006).

La geografía política y la antropología social parecen haber encontrado puntos y circunstancias afines. La teoría territorial aportada por éstos y otros estudiosos da pauta a nuevas confrontaciones y referentes empíricos que esperan ser analizados por aquellos que muestren interés por que los estudios críticos del espacio no sucumban ante la descripción pura o la interpretación solamente de lo abstracto; a final de cuentas, los territorios son imaginados y al mismo tiempo construidos.

A manera de conclusión

A pesar de las dificultades que caracterizan a un nuevo proyecto, El Colegio de Michoacán llevó a cabo una tarea que resultó prometedora en su momento y más tarde se convirtió en una realidad. La instrumentación del Centro de Estudios en Geografía Humana en el año 2002 comenzó con una combinación de académicos geógrafos, antropólogos y sociólogos que buscaban formar estudiantes capaces de realizar investigaciones basadas en el análisis espacial, sin olvidar la vital importancia de los factores sociales y culturales que forman parte, transforman y permean dicho espacio. En este trabajo se da una muestra de los trabajos interdisciplinarios realizados por alumnos y maestros, que de alguna manera forman o han formado parte de este centro y se han especializado en el enfoque territorial y en el análisis político de las sociedades que lo construyen.

El sentido de propiedad resulta ineludible en las sociedades y en los seres humanos que la componen; la seguridad de sentirse parte de un espacio y ser protagonista de su transformación física es una base que confirma la existencia y puede significar la trascendencia a lo largo del tiempo. Esta búsqueda de apropiación de espacio conlleva a formar alianzas y luchas con los distintos actores que convergen en él, dentro de esta interacción se produce gran cantidad de relaciones sociales, en ocasiones contradictorias, con la finalidad de ejercer un control general sobre el resto de los oponentes.

El territorio y la territorialidad son elementos recurrentes en el análisis de las guerras, las alianzas, la economía de los pueblos, entre muchos otros temas trascendentes; empero, durante muchos años sirvieron como objeto y mecanismos, respectivamente, de posesión por parte de los estados y las naciones. Al ver el territorio solamente como un asunto de Estado, se olvidaron las fricciones en escala pequeña y en escala global, se relegaron de las discusiones los aspectos locales que desembocaban en problemáticas globales. La convergencia de las distintas disciplinas de las ciencias sociales con un solo objetivo, el análisis y la explicación del fenómeno de la territorialidad en sus distintas escalas, ha significado un largo camino lleno de transformaciones en paradigmas y métodos de investigación; por desgracia, en muchos de estos intentos de análisis científico se han cometido errores y omisiones que ocultan desigualdades en el desarrollo social.

Los subsiguientes capítulos son una serie de investigaciones sobre sociedades y territorios específicos que muestran la interdisciplinariedad y el interés en conformar investigaciones con un sentido ético y crítico del territorio y sus prácticas políticas.

Bibliografía

Becker, Bertha, "O uso político do território: questões a partir de uma visão do terceiro mundo" en B. K. Becker, R. Costa y C. Silveira (orgs.), *Abordagens políticas da espacialidade,* Río de Janeiro, UFRJ, 1983, pp. 1-21.

Chávez Torres, Martha, Octavio González Santana y María del Carmen Ventura Patiño, *Geografía humana y ciencias sociales, una relación reexaminada*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2009.

_____ y Martín Checa Artasu, *El espacio en las ciencias sociales, geografía, interdisciplinariedad y compromiso*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2013.

Gilbert, Anne, "The new regional geography in English and french-Speaking countries" en *Progress in Human Geography*, Sage, Thousand Oaks, 1988, pp. 208-228.

Giménez, Gilberto, "Territorio, paisaje y apego territorial" en *Culturas populares e indígenas*, Región Cultural, Conaculta, 2006.

_____, "Territorio y cultura" en *Estudios sobre las culturas contemporáneas,* vol. 2, núm. 004, diciembre, 1996.

Girard, René, *Mensonge romantique et vérité romanesque*, París, Grasset, 1961, pp. 15 y ss.

Gledhill, John, *El poder y sus disfraces,* Barcelona, Bellaterra, 2000.

Hall, Edward T., *El lenguaje silencioso*, México, Conculta/Alianza Editorial Mexicana, 1989.

Harris, Marvin, *El desarrollo de la teoría antropológica, una historia de las teorías de la cultura*, México, Siglo XXI, 1999.

Lacoste, Yves, *La geografía. Un arma para la guerra*, Barcelona, Anagrama, 1977.

_____, *El agua. La lucha por la vida*, México, Larousse, 2003.

López Levi, Liliana, "Espacios, imaginarios y poder" en Lara Gatica *et al.*, *Poder, actores e instituciones*, México, UAM/Eon Sociales, 2008.

Lyman Stanford, M., y Marvin B. Scott, "Territoriality. A Neglected Sociological Dimension" en *Social Problems*, vol. 15, núm. 2 (otoño, 1967), Berkeley, University of California Press, pp. 236-249.

MONTAÑEZ, Gustavo *et al.*, *Geografía y Ambiente. Enfiques y Perspectivas*, Santafé de Bogotá, Universidad de la Sabana, 1997.

MONTAÑEZ, Gustavo y Ovidio DELGADO, "Espacio Territorio y región, conceptos básicos para un proyecto nacional" en *Cuadernos de geografía,* vol. VII, núms. 1 y 2, 1998.

RAFFESTIN, Claude, *Por una geografía del poder*, Octavio M. González Santana (present.) y Yanga Villagómez Velázquez (trad. y notas), Zamora, El Colegio de Michoacán/Fideicomiso Teixidor, 2013.

REYES RAMOS, María Eugenia y Lara LÓPEZ (coords.), *Explorando territorios. Una visión desde las ciencias sociales,* México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2012.

SACK, Robert D., "Human Territoriality. A Theory" en *Annals of the Association of American Geographers,* vol. 73, núm. 1, marzo, 1983, pp. 55-74.

SCHNEIDER, Sergio e Iván PEYRÉ TARTARUGA, "Territorio y enfoque territorial. De las referencias cognitivas a los aportes aplicados al análisis de los procesos sociales rurales" en Mabel Manzanal, Guillermo Neiman y Mario Lattuada (orgs.), *Desarrollo Rural. Organizaciones, Instituciones y Territorio,* Buenos Aires, Ciccus, 2006, pp. 71-102.

SOJA, Edward W., *The Political Organization of Space*, Washington, DC, Association of American Geographers, 1971.

SPOSITO, Eliseu, *Geografia e filosofia. Contribuição para o ensino do pensamento geográfico,* São Paulo, UNESP, 2004.

WOLF, Eric, *Europa y la gente sin historia,* México, Fondo de Cultura Económica, 1987.